

DIEZ PROPUESTAS PARA UNA ESTRATEGIA LATINOAMERICANA DE INVESTIGACIÓN DE LA COMUNICACIÓN

Raúl Fuentes Navarro

INSTITUTO TECNOLÓGICO Y ESTUDIOS SUPERIORES
DE OCCIDENTE (ITESO)
México

La pregunta que sirve como título de este panel, *La Investigación Latinoamericana de la Comunicación: ¿Cómo recuperar la década perdida?* es interesante y provocativa, pues implica una consideración tanto del pasado reciente como del futuro próximo en nuestro campo. Y no lo es menos por suponer que existe una investigación latinoamericana de la comunicación, que no es lo mismo que la investigación de la comunicación en América Latina. Finalmente, llama mucho la atención la implicación de que los ochenta fueron una década perdida para la investigación en nuestro campo, así como lo fueron para la economía regional, aunque creo que no tanto para la política y la cultura.

Tratando de centrarme en la coyuntura académica por la que atravesamos, intentaré sintetizar en diez puntos las conclusiones que desde mi punto de vista surgen de una recuperación histórica de la investigación latinoamericana sobre la comunicación y las perspectivas con las que pueden enfrentarse los retos que nos imponen las transformaciones económicas, políticas y culturales globales en proceso. Finalmente lo que busco es proponer algunas acciones prácticas con las que podamos impulsar estratégicamente el desarrollo del campo en los noventa, y creo que no hay un foro más adecuado para hacerlo que este *Primer Congreso Latinoamericano de Investigadores de la Comunicación* convocado por ALAIC.

1. DOCUMENTACIÓN ACADÉMICA

Comienzo por un aspecto básico, infraestructural de la investigación: los sistemas y servicios de documentación que, a pesar de ser reconocidos por todos como un apoyo de importancia fundamental, no se han extendido ni desarrollado suficientemente en nuestro campo. No podemos ignorar, por

supuesto, los valiosos aportes del Centro de Documentación de CIESPAL, los esfuerzos pioneros de Luis Ramiro Beltrán o José Marques de Melo, los Centros de Documentación de IPAL en Lima, INTERCOM en São Paulo o CONEICC en Guadalajara o el proyecto de ALAIC que a principios de los ochenta promovió la sistematización de la documentación sobre comunicación en Perú, Colombia, Chile, Brasil, Argentina, México y Bolivia.

Sin embargo es claro que estos esfuerzos han quedado muy aislados y que, en todo caso, han demostrado ser insuficientes; también me parece indudable que no se ha extendido, sobre todo en las escuelas de comunicación, la cultura de la revisión bibliográfica y documental amplia y precisa como base para la elaboración de proyectos de investigación. Hay aquí un verdadero círculo vicioso: los investigadores no demandan servicios de apoyo documental cuando no tienen acceso fácil y directo a los centros, y éstos no crecen, entre otras razones, por falta de evidencias sobre su utilidad.

Si se concibieran los centros de documentación como sistemas de comunicación y apoyo académico más que como simples archivos, poco menos que muertos, de materiales impresos de todo género, y se lograra interconectar eficientemente sus recursos, probablemente podría romperse el círculo vicioso del escaso uso y la mínima pertinencia de los servicios para los investigadores. Más que los problemas logísticos, técnicos o financieros, indudablemente presentes, considero fundamental el problema "cultural" o educativo, incluso simplemente informativo, que impide un uso más extendido e intenso de los recursos y servicios documentales disponibles en Latinoamérica.

Hay esfuerzos en marcha encaminados a fortalecer, o a establecer por primera vez, los vínculos continentales necesarios para crear una red latinoamericana de centros de documentación en comunicación, que merecen ser multiplicados y apoyados. Gracias a iniciativas de expertos españoles, la representación regional de UNESCO, IPAL, FELAFACS, ALAIC y otros, y por supuesto a la disponibilidad de tecnologías nuevas como la memoria digital en compact-discs que desde México ha impulsado la Universidad de Colima, el proyecto de la red es perfectamente viable a corto plazo. Pero lo más importante seguirá siendo, como siempre, el uso productivo de estos sistemas y la alimentación continua de materiales por parte de los investigadores, profesores y estudiantes de comunicación en América Latina.

2. INFRAESTRUCTURAS TECNOLÓGICAS

Creo que cada vez está menos justificado el aislamiento de los esfuerzos académicos latinoamericanos y la incomunicación entre instituciones o personas con propósitos similares o complementarios por la ineficiencia o el costo del correo o el teléfono. Sin desconocer las grandes disparidades que persisten o aún se incrementan, ni el problema de los costos, es evidente que la disponibilidad de nuevas infraestructuras tecnológicas para usos académicos ha crecido muy notablemente en los últimos años, al grado de que el fax o la microcomputadora son ya instrumentos de uso común. Creo que igualmente, pronto se extenderán a la mayor parte de las instituciones las redes de correo electrónico y otras innovaciones que hace no muchos años parecían inaccesibles para nosotros.

En esto también, me parece, hay dos direcciones deseables de los usos para la investigación de la comunicación y su desarrollo en América Latina: una, fundamental, para interconectarnos fluida y eficientemente nosotros mismos y poder así fomentar la cooperación, hasta ahora relativamente incipiente por las distancias; y otra, estratégica, para compartir no sólo nuestros productos, sino nuestros procesos de investigación, con los colegas de otras regiones, de una manera mucho más "equilibrada" que hasta ahora. Hay ya muchos indicios del interés que la producción latinoamericana suscita en investigadores de los países llamados "desarrollados", donde es evidentemente muy poco lo nuestro que se conoce, entre otras razones porque muy pocos latinoamericanos publican en inglés.

Independientemente de los viajes y las publicaciones, que han sido los principales medios de contacto y difusión de nuestro trabajo dentro y fuera de América Latina, la posibilidad, de intercambio cotidiano aprovechando las nuevas infraestructuras interactivas en la producción de las investigaciones, deberá ser un recurso crecientemente utilizado, también, para dar a conocer integralmente la investigación latinoamericana y no sólo la investigación que se hace en América Latina, siguiendo todavía modelos importados.

3. ORGANIZACIONES ACADÉMICAS

Para nadie es un secreto, y menos en ALAIC, lo difícil que resulta establecer y mantener operando una asociación, nacional o internacional, de investigadores de la comunicación. Pero es indudable que las posibilida-

des de desarrollo para el campo tienen en la institucionalización una condición esencial, de manera que puede considerarse a las organizaciones académicas también como una infraestructura para la investigación. El aislamiento de los esfuerzos académicos, así sean individuales, institucionales, nacionales o continentales, es y será cada vez más insostenible. Los grandes impulsos latinoamericanos de los años setenta tuvieron una infinidad de obstáculos que superar en los ochenta y la reconstitución de ALAIC debe continuarse, revitalizando las asociaciones nacionales de investigadores de la comunicación de América Latina.

Sobre esa base, pero también tomándola como apoyo, la colaboración con organizaciones afines, comenzando por la más cercana FELAFACS, podrá reforzar la estructura comunitaria regional sin la cual el desarrollo académico-científico (y político-social) de la investigación latinoamericana de la comunicación seguirá siendo frenado por los viejos y los nuevos retos y límites presentes en los noventa. Me parece que hay suficientes pruebas tanto de lo que la cooperación colectiva hace posible como de lo que perjudica el aislamiento o, más aún, la competencia entre facciones por los mismos objetos.

En estos tres aspectos, que considero infraestructurales: la documentación, las tecnologías y las organizaciones, hay mucho trabajo que hacer aún, pero las estrategias de desarrollo remiten sobre todo a los usos, al empleo más eficiente de los recursos ya disponibles y a su extensión en los términos más amplios que sea posible. La investigación latinoamericana de la comunicación seguirá dependiendo fundamentalmente, en este sentido, de la voluntad, el ingenio y la solidaridad de sus propios productores.

4. CIRCULACIÓN DE PUBLICACIONES

Para que la colaboración y la interrelación de procesos de la investigación sean posibles, y la investigación latinoamericana de la comunicación refuerce su propia identidad, hay diversos "frentes" sobre los que es necesario trabajar. Uno de ellos es el muy grave problema de la circulación de publicaciones, sobre todo las que contienen productos de investigación. Siempre ha parecido en extremo paradójico que, habiendo más de cien mil estudiantes de comunicación en América Latina, además de algunos miles adicionales de profesores y varios cientos de investigadores, no pueda establecerse un sistema comercial eficiente de distribución de publicaciones que llegue al menos a una décima parte de ese enorme mercado potencial.

Por un lado, la producción de libros sobre comunicación es apreciable, sobre todo en Brasil, México, Argentina y últimamente Colombia, aún sin contar las traducciones o la amplísima producción española. Pero por otro lado, independientemente de los costos, esa producción es difícilmente conseguible fuera de tres o cuatro de las grandes ciudades latinoamericanas. Los intentos de solución a este problema han abundado (el más reciente de ellos es quizá el de FELAFACS con sus propios libros) y esfuerzos imaginativos no han faltado (como el de Opción desde México), pero la situación evidentemente está muy lejos de ser satisfactoria.

Algo similar o quizá peor sucede con las revistas. A través de la continua expansión de la Red Iberoamericana de Revista de Comunicación y Cultura, uno puede apreciar el número de publicaciones más o menos regularmente editadas en nuestros países y la alta calidad académica de algunas de ellas, pero si para los propios integrantes de la Red es difícil el intercambio, sobre la circulación de las revistas es muy poco lo que puede considerarse avanzado. No es nada fácil encontrar las colecciones de *Chasqui* o *Comunicación y Cultura*, que tanto hicieron en los setenta y principios de los ochenta para concentrar las investigaciones y las tendencias de la más profunda raíz latinoamericana en el estudio de la comunicación. En los últimos años, destaca *Diálogos de la Comunicación* por la alta calidad de su contenido y el apoyo de FELAFACS y la Fundación Konrad Adenauer para su circulación, aún así insuficiente.

Cada uno de los editores de las revistas participantes en el Encuentro Iberoamericano programado en este mismo Congreso podrá señalar en detalle sus estrategias y dificultades de circulación; como lector, usuario y eventual colaborador de algunas de ellas, sólo puedo ahora resumir la convicción compartida con muchos colegas de que una revista académica de comunicación que con su contenido y su circulación cubra América Latina, es una condición estructural indispensable para el desarrollo de nuestro campo que sólo la auténtica colaboración colectiva podrá hacer posible.

5. IDENTIDAD SOCIOPROFESIONAL

Los modelos clásicos de constitución y operación cotidiana de una "comunidad científica" o, mejor aún, de un "colegio invisible", especialmente los formados por investigadores de los países desarrollados en las ciencias naturales, son básicamente redes de comunicación, formal e informal, cooperativa y competitiva, entre sujetos que comparten los mismos intereses intelectuales, la

misma formación y orientación científica, los mismos sistemas de información y algo de lo que no son siempre plenamente conscientes quienes investigan a estas comunidades, las mismas o muy similares condiciones institucionales y socioculturales de trabajo; en otras palabras, un status o identidad socioprofesional bien definida y establecida.

Cuando uno intenta analizar la estructura de tales redes de comunicación entre investigadores latinoamericanos de la comunicación, surgen inmediatamente las contrastantes evidencias: las divergencias y disparidades de intereses intelectuales, competencia científica, acceso a la información y otros recursos no menos indispensables, pero sobre todo, las diversidades de identidad socioprofesional de los investigadores. Por supuesto, no se trata de comparar ingenuamente comunidades científicas estructuradas en y por condiciones socioculturales obviamente desiguales ni de transponer patrones paradigmáticos de las ciencias "duras" a un campo, como el de la comunicación, inmaduro y volátil en todas partes; de lo que se trata es de reconocer los factores determinantes de su dinámica propia, en sus propios entornos y en relación con sus propios propósitos, implícitos y explícitos, compartidos y divergentes; en una palabra, su propia crisis.

Porque es evidente que lo que hace veinte años comenzó a emerger como la investigación latinoamericana de la comunicación, con fuertes y muy sólidos afanes críticos, no puede ahora simplemente hacer el recuento de sus fracasos y frustraciones, ni simplemente ignorar las transformaciones de los referentes empíricos de sus utopías básicas. Desde hace diez años hemos conocido análisis autocríticos tan notables como los de Héctor Schmucler, Armand y Michèle Mattelart, Rafael Roncagliolo, Oswaldo Capriles, José Marques de Melo o Jesús Martín Barbero, por mencionar sólo algunos. Sin embargo, a mi manera de ver, todos ellos atienden insuficientemente un aspecto que me parece central: la auto-reflexión comunitaria sobre la identidad socioprofesional de los investigadores de la comunicación, que ante las condiciones y desafíos de los noventa, permita reafirmar los compromisos esenciales y reformular las estrategias para renovar y fortalecer los aportes que como investigadores profesionales de la comunicación, nuestras sociedades nos requieren en esta compleja coyuntura postguerrafría y prelibrecomercio.

6. DEBATE ACADÉMICO

Hace algunos años, los investigadores de la región reconocían como los principales pioneros e impulsores de la investigación latinoamericana de

la comunicación a Armand Mattelart, Antonio Pasquali, Luis Ramiro Beltrán, Eliseo Verón y Paulo Freire. Aunque ahora sería interesante renovar la encuesta y muy probablemente ampliar la lista de los investigadores más influyentes, puede subrayarse una característica que comparten los aportes de estos cinco proyectos, tan distintos en tantos aspectos: su carácter crítico y polémico. No creo que ninguno de los presentes haya considerado nunca como definitiva e indiscutible alguna de las riquísimas contribuciones de Mattelart, Pasquali, Beltrán, Verón o Freire a nuestro campo de estudio. Por el contrario, el debate suscitado por sus obras es seguramente una de sus herencias más vigentes y formativas.

Por otro lado, tampoco debe ser experiencia desconocida para nadie el dogmatismo con que otros aportes han sido asimilados en determinadas épocas y lugares, estableciéndose certezas cerradas cuyas únicas posibilidades eran o la aceptación incondicional o el derrumbe, rechazo u olvido total. El vivir de modas importadas, incuestionables a corto plazo, ha sido uno de nuestros principales defectos académicos, inseparable de la debilidad estructural de la comunidad, disfrazada muchas veces de militancia política o científica, y de la ausencia de profundidad teórica.

Creo que una de las prioridades actuales de los investigadores latinoamericanos de la comunicación debe ser la ruptura de las tradicionales posiciones autodefensivas mediante el estímulo al debate académico, cuyos alcances y límites están muy lejanos de nuestra práctica actual. Es necesario recuperar de nuestros pioneros la seguridad y la visión crítica del debate, de la discusión abierta sin la cual el aprendizaje y el avance son casi imposibles. No es fácil hacerlo, aún con la mejor voluntad, como sucedió por ejemplo el año pasado en el seminario sobre Comunicación y Ciencias Sociales con que FELAFACS celebró su décimo aniversario, o en tantos otros foros en que o las contribuciones no se tocan unas a las otras, o en vez de discutir ideas se confrontan posiciones, ambiciones, formas o, simplemente, sentimientos personales.

Además de la profundamente arraigada cultura autoritaria que compartimos los latinoamericanos, encuentro dos obstáculos a superar para aprender, como comunidad, a debatir académicamente: por un lado, la dispersión y la debilidad teóricas de nuestras investigaciones y enseñanzas, sobre lo cual apuntaré algo más en un punto posterior; por otro lado, la fragilidad de la mayor parte de las posiciones desde donde realizamos nuestro trabajo, sobre lo cual me parece que hay poca conciencia. La identidad socioprofesional antes mencionada es el aspecto, digamos conver-

tido en "habitus", de una estructura social a la que hoy se exige que sea "moderna" y "productiva", pero además no cueste ni cuestione. Dado que, con pocas excepciones, la investigación de la comunicación se hace desde las universidades y éstas, públicas y privadas, están siendo obligadas a redefinir sus vínculos concretos con las sociedades en que se insertan, ¿dónde sino ahí, situar "la tarea de dar forma a las demandas de comunicación que vienen de la sociedad y el diseño de alternativas"?, como ha planteado Jesús Martín. Pero para ello, y para al hacerlo fortalecer al mismo tiempo la posición de los investigadores al interior de sus propias instituciones, el debate académico abierto y extenso puede ser una condición incluso para la supervivencia del campo.

7. INTER- Y MULTI-DISCIPLINARIEDAD

Una de las manifestaciones más claras de la debilidad teórica del campo de la comunicación, especialmente en Latinoamérica, es la confusión reinante, desde hace muchos años, con respecto a la especificidad disciplinaria y sus relaciones con otras especialidades de las ciencias sociales. A pesar del "reinado" por un tiempo del "comunicacionismo" y de los incontables esfuerzos por definir los límites de la disciplina como ciencia — o conjunto de ciencias — autónoma para fines sobre todo de enseñanza, hoy puede llegarse a sostener la hipótesis de que paradójicamente, la difícil y nunca consolidada constitución disciplinaria del estudio de la comunicación, que tantas desventajas le ha acarreado, es la condición de posibilidad de su nuevo desarrollo dentro del proceso de una nueva síntesis para las ciencias sociales. El no haber tenido nunca la posibilidad, en América Latina, de convertirse en una "ciencia normal" como diría Kuhn, es decir, de haber puesto su desarrollo en torno a uno o varios paradigmas, es precisamente lo que ahora hace posible la "movilidad" necesaria para seguir persiguiendo su objeto y generando socialmente sentido sobre la producción social de sentido.

De hecho, parece evidente que una de las principales fuentes de la "desarticulación múltiple" que sufre nuestro campo puede ubicarse en el perdurable afán de autonomizar el estudio de la comunicación con respecto a las ciencias sociales. La lucha por conquistar un espacio epistémico e institucional propio para la disciplina, muy justificable en cuanto a la ruptura de dependencias teóricas, metodológicas y profesionales, tuvo y sigue teniendo la nefasta consecuencia de, o bien reducir el estudio de la comunica-

ción a una dimensión instrumental, o bien de alimentar la pretensión de construir — independientemente de cualquier consideración del entorno sociocultural — una imposible ciencia autocontenida y universal. Esta pretensión por supuesto, afectó menos a la investigación que a la formación universitaria, ya que los actores de la primera han sido hasta hace muy poco mayoritariamente formados en las más diversas disciplinas y, en los casos de los más rigurosos al menos, la propia práctica les dió los elementos de reajuste necesarios, recurso que no tienen tan fácilmente a la mano los operadores de la formación profesional.

Algunos de los trabajos más recientes de Jesús Martín Barbero y de otros líderes de la investigación latinoamericana de la comunicación indican cómo es que en la investigación ha ido quedando superada la constricción disciplinaria, que no ha sido tan fácil de erradicar de las escuelas, y sugieren enfoques concretos para ensanchar las vías inter — multi — y hasta trans-disciplinarias adecuadas para generar conocimiento sobre la comunicación. Creo que estos caminos deben ser transitados, no obstante, con el cuidado epistemológico necesario para no perder las especificidades de la producción en común de sentido dentro del análisis de las prácticas socioculturales, como también ha sucedido muchas veces, manifestando de nuevo la debilidad teórica del campo.

8. INVESTIGACIÓN SOCIALMENTE ARTICULADA

La búsqueda de la eficacia inmediata de la investigación para la transformación de las prácticas y hasta las estructuras sociales latinoamericanas ha sido al mismo tiempo su principal impulsor y su obstáculo más difícil de superar, en lo que se resume como la instrumentalización conceptual de la comunicación. Los problemas, anhelos y demandas sociales de comunicación han sido tan urgentes en Latinoamérica, y el compromiso sociopolítico de los académicos tan predominante en la práctica, que la consolidación teórico-metodológica que podría haber sentado las bases más sólidas a la pretensión de eficacia y utilidad social, ha debido posponerse una y otra vez. Sea por atender las necesidades de expansión de la industria cultural, o sobre todo, por denunciarla e intentar contrarrestarla, la investigación latinoamericana de la comunicación ha perdido muchas oportunidades de hacer avanzar la comprensión sistemática de los fenómenos que investiga, aún con el objetivo final de instrumentalizar el conocimiento.

A pesar de haberse apoyado mayoritariamente en demandas inmedia-

tas de diversos actores y sectores sociales, hegemónicos, subalternos o marginales, y de haber sostenido proyectos de indudable valor, eficacia y pertinencia ética, ni la generación de conocimiento concreto y su sistematización teórica por una parte, ni la reproducción y extensión de los aprendizajes y los avances prácticos alcanzados pueden considerarse suficientes ni satisfactorios en América Latina. Creo que es necesario continuar la revisión crítica de las complejas y variadas articulaciones, conscientes e inconscientes, que las prácticas de investigación han sostenido con prácticas sociales más amplias, y seguir buscando las concreciones locales, regionales, nacionales e internacionales más productivas tanto para la academia como para los agentes sociales involucrados. Sobre todo por las transformaciones que la ola neoliberal pretende inducir, e inevitablemente induce en las sociedades latinoamericanas, la racionalización de los esfuerzos críticos es un imperativo inescapable.

9. RENOVACIÓN METODOLÓGICA

Quizá en un exceso de optimismo, algunos hemos visto emerger recientemente vigorosos procesos de renovación metodológica en la investigación latinoamericana de la comunicación. Hemos visto, por una parte, el desarrollo práctico de ingeniosos procedimientos de acercamiento a la complejidad sociocultural de las prácticas de comunicación y por otra parte, la conciencia crítica de múltiples reformulaciones conceptuales, profundamente enraizadas ética y políticamente y al mismo tiempo comprometidas estrictamente con el rigor que se espera de la investigación científica. Creemos que aunque está muy lejos la pretensión de contar con modelos globales y universales, los aportes metodológicos que se han estado probando y desarrollando podrán irse constituyendo en las herramientas que las prácticas de investigación en el campo necesitan para ser cada vez más "internamente" consistentes y "externamente" pertinentes. Como dimensión articuladora del conocimiento teórico y la acción concreta, la metodología se está convirtiendo, felizmente, en una prioridad del trabajo académico en comunicación.

La competencia metodológica, que ha sido una de las principales debilidades estructurales del campo, como lo señalaba en 1976 Luis Ramiro Beltrán en su clásico recuento de la "investigación con anteojeras", se manifiesta en los proyectos y procesos particulares de investigación, pero se integra y explica sólo a nivel colectivo. El hecho de que los investigadores más competentes expongan y discutan los diseños y recursos metodológicos

que utilizan y que estas propuestas puedan ser probadas y desarrolladas una y otra vez concretamente por otros investigadores, es una señal muy alentadora de las posibilidades de consolidación del campo, que es urgente reforzar y extender.

10. EL PAPEL DE LOS POSTGRADOS

Una deliberada consecuencia de todo lo expuesto hasta aquí es la consideración del papel — actual y posible — de los postgrados latinoamericanos en comunicación en cuanto al desarrollo estratégico de la investigación. Hay una tendencia, bien apoyada por argumentos de mercado y de organización institucional, a orientar los pocos postgrados operantes en comunicación hacia la habilitación profesional, objetivo perfectamente justificado y urgentemente necesario, aunque no a costas, nuevamente, de la formación de investigadores y, más aún, del desarrollo de la investigación básica. Contra esa tendencia quisiera argumentar, señalando cómo creo que pueden apoyarse, y hacerse confluir en los postgrados, los nueve puntos que he propuesto para una estrategia latinoamericana de desarrollo de la investigación de la comunicación.

Muchos de los postgrados han nacido a partir del modelo escolarizado de la formación profesional de comunicadores y han tenido, en consecuencia, a la investigación más como un proyecto problemático que como un insumo básico. De esa manera es muy difícil pensar en centros de excelencia académica que merezcan el nombre de postgrados, por lo que invertir la relación y constituir verdaderos programas de investigación sobre los cuales puedan formarse nuevos investigadores es una condición esencial. Sobre esa base, con uno o varios programas de investigación bien definidos y el personal capaz de desarrollarlos, los postgrados pueden plantearse como talleres de investigación en que los investigadores se formen investigando, bajo la dirección y asesoría de personal académico de carrera, pero con la responsabilidad completa de realizar proyectos concretos. Ya en 1985, en su diagnóstico sobre la enseñanza de la comunicación en América Latina, FELAFACS hacía precisiones importantes sobre el papel que deberían jugar los postgrados en cuanto a la investigación y el desarrollo teórico y su relación con los pregrados. En esa dirección es relativamente poco lo que se ha avanzado, aunque sigue pareciendo la orientación pertinente.

Un postgrado organizado como taller de investigación, cuyo trabajo cubra las actividades de documentación y difusión, articuladas con la propia

investigación y la docencia, que mantenga relaciones con las organizaciones académicas y aproveche recursos tecnológicos avanzados, donde se reflexione sobre las prácticas de investigación, la identidad de los investigadores y la articulación social de los proyectos, se ejerciten la interdisciplinariedad y la innovación metodológica, podría constituirse en un núcleo de desarrollo para el campo que, interconectado con otros del mismo género y con los centros, asociaciones e instituciones no docentes podría apoyar sustancialmente el trabajo latinoamericano sobre la comunicación requerido en los noventa. Así, independientemente de que los ochenta hayan sido o no una "década perdida", los noventa pudieran ser ganados.